

salen se hizo imposible, pero tampoco se trató ya de ninguna otra empresa, y el 4 de julio Saladino quedó sorprendido con la satisfactoria noticia de que los cristianos estaban á punto de retirarse decididamente á la costa.

Pocos días despues intentó Ricardo entrar otra vez en negociaciones para poner término á la cruzada; pero el sultan se encontraba ya á la sazón en circunstancias demasiado favorables para acceder fácilmente á los deseos de su adversario. Se mostró en extremo reservado, se negó á toda cesion de territorio musulman y exigió ante todo la demolición de Ascalon. De repente tomó la ofensiva él, que en general se había mantenido hasta entonces á la defensiva. A fines de julio se presentó con numerosas fuerzas delante de Joppe, atacó la apenas reparada fortaleza, practicó á viva fuerza una entrada en la ciudad, y estuvo á punto de tomar tambien su último baluarte, esto es, la ciudadela. La situación de los cristianos era crítica en extremo. El ejército peregrino se había desorganizado en gran parte, por efecto de la desacertada dirección de Ricardo. Entre ingleses y franceses reinaba ardiente animosidad; y precisamente en aquellos momentos el duque de Borgoña, jefe de los últimos, rehusó prestar su cooperación ulterior al rey de Inglaterra y se dirigió á Tiro, donde poco despues murió. Pero en esta ocasión sirvió una vez mas la feroz valentía del Corazón de Leon: estaba en Acre, cuando llegó á él la noticia del desastre de Joppe, y con la velocidad del rayo reunió las fuerzas militares que aun le quedaban, se embarcó para aquella ciudad, y en el puerto saltó al agua desde el barco antes que ninguno de los suyos, para llegar sin demora á la playa (1.º agosto 1192). La ciudadela se salvó gracias á esto, y la ciudad fué asimismo recuperada, cuando Ricardo con resonante grito de guerra atravesó las calles, cargando sobre el enemigo.

El 5 de agosto intentó otra vez Saladino acometer y aplastar con fuerzas superiores al pequeño ejército del rey: en el campo inmediato á Joppe y en la ciudad misma se trabó una batalla que estuvo por largo tiempo indecisa, siendo iguales las probabilidades de triunfo por una y otra parte; pero Ricardo se mostró tan heroicamente valeroso, tan audaz y perseverante, y tan entendido general en esta ocasión, que no solo conservó sus posiciones, sino que causó grandísimas pérdidas á los enemigos y llenó los corazones de inmenso terror á los resonantes golpes de su espada.

Estos combates prepararon por fin la paz. Saladino enfermó á consecuencia de las fatigas á que por necesidad había estado expuesto durante los últimos años, y por lo tanto debía abrigar menos esperanzas de entusiasmar á sus sediciosas tropas para emprender una lucha de exterminio con las últimas fuerzas heroicas de los cristianos. Ricardo, que lleno de inquietud, quería apresurar todo para volver á su patria, cedió paso á paso en las negociaciones vueltas á entablar, y al fin se manifestó conforme con el resultado verdaderamente vergonzoso de aquellas negociaciones. En efecto, con arreglo al convenio celebrado entonces, la ciudad de Jerusalem quedó enteramente, sin restricción alguna, bajo la dominación de los musulmanes; la Santa Cruz no fué devuelta; los cristianos prisioneros en poder de Saladino fueron abandonados inhumanamente á su triste suerte; Ascalon debía ser arrasada por operarios de ambas partes. Por consiguiente, solo les quedaba á los cristianos la costa de Joppe hasta Tiro, además del resto de sus posesiones en el Norte de Siria; fuera de esto, se les concedió visitar libremente y con seguridad á Jerusalem como peregrinos pacíficos y orar en los Santos Lugares; pero ni aun esto poco les fué acordado al amparo de una paz duradera, sino únicamente durante una tregua de tres años. Tal fué el deplorable tratado que el rey Ricardo firmó con Saladino el día 1.º de setiembre del año 1192.

El dolor y la cólera se apoderaron de los corazones de los cristianos, cuando fué conocido este triste resultado de todos sus sacrificios y fatigas, y cuando, poco tiempo despues, fué destruida para siempre «la novia de Siria.» Dolor y cólera experimentaron los peregrinos, particularmente algunos grupos escandinavos, que precisamente entonces acababan de llegar desde su lejana patria á la costa siria, cuando, yendo desarmados á Jerusalem, vieron allí á los enemigos como orgullosos dominadores, y á sus correligionarios prisioneros, cargados de cadenas, trabajando penosamente. Pero tampoco Saladino estaba completamente satisfecho de su gloriosa resistencia: la obra de su vida no estaba realizada sino á medias. Aun ondeaba la bandera de la Cruz sobre muchos castillos y ciudades de Siria, y aun vivía el espíritu de Godofredo de Bullon en todos los pueblos del Occidente. Lo que se ha dicho sobre la decadencia del entusiasmo por las cruzadas entre los cristianos, es poco aplicable á la época de la tercera cruzada. Las circunstancias políticas influyeron en la peregrinación efectivamente, perturbando y cambiando las cosas, como no podía menos de suceder atendidas las condiciones de desarrollo, cada vez mayor, de todos los Estados. Tambien afearon los peregrinos su santa empresa con monstruosos crímenes; y el enemigo, perseguido y todo por el odio religioso, fué tan ardentemente admirado por ellos, que poseidos de caballeroso respeto buscaron su amistad. Pero el rasgo característico de los sentimientos que unieron á aquellos poderosos ejércitos peregrinos y les hicieron permanecer fieles en medio de indecibles apuros y peligros, continuó siendo el antiguo ferviente deseo de libertar el Santo Sepulcro y extender la dominación cristiana por los territorios del Oriente. La resistencia de un príncipe de genio por parte de los mahometanos, y la carencia de un jefe de capacidad por parte de los cristianos, fueron las causas primordiales del triste desenlace que tuvo esta titánica lucha. Y en esto nadie tuvo mas culpa que el rey Ricardo, el cual, casi podría decirse que, en cuanto estuvo en su mano, contribuyó á que Jerusalem no fuese reconquistada.

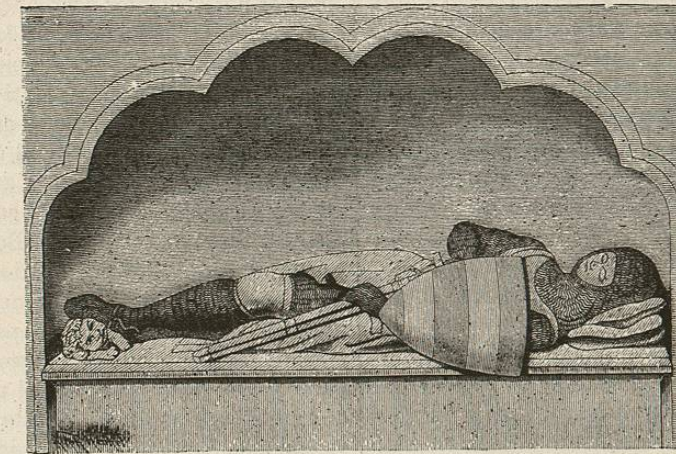
Pero el rey caballeresco fué terriblemente castigado por las locuras que había cometido. Despues de firmado el convenio con Saladino, una enfermedad le retuvo algunas semanas mas en Acre. A fines de setiembre envió á su patria á su esposa Berenguela y á su hermana Juana. El 9 de octubre abandonó la Siria, y navegó por algun tiempo casi como un aventurero por el mar Mediterráneo, indeciso sobre el rumbo que había de tomar para ir á Inglaterra; pues fuera de la ruta por mar alrededor de Europa, la cual evidentemente deseaba evitar, casi todos los demás caminos le estaban cerrados. Al tiempo de partir para la cruzada, había dejado en Inglaterra como su representante al canciller del reino, Guillermo, obispo de Ely, hombre de humilde cuna, pero muy ambicioso, el cual se creó muchos enemigos, á la cabeza de los cuales estaba el propio hermano del rey, el conde Juan, despues Juan sin Tierra. El canciller fué derrocado y desde entonces Juan aspiró á apoderarse del reino, suplantando á Ricardo. Pero en este intermedio regresó el rey Felipe á Francia, y en lugar de cumplir su juramento de amistad para con el gobierno de Ricardo, hizo resonar en media Europa sus quejas sobre la perfidia de éste; y al poco tiempo entró en alianza con el conde Juan, para oponerse con la fuerza á que Ricardo volviese al trono de Inglaterra. Además de esto, los príncipes y pueblos de Alemania estaban animados de sentimientos hostiles en gran parte contra Ricardo, porque este había tenido la culpa de los desmanes que se cometieron con los peregrinos alemanes en Siria: sobre todo el duque Leopoldo, que había abandonado la Tierra Santa poco tiempo despues del desprecio de que fué objeto

en Acre por parte del rey inglés, buscaba una ocasión propicia para vengarse de aquella afrenta. Hasta el emperador alemán Enrique VI, hijo y sucesor de Federico I, pertenecía al número de los enemigos de Ricardo, porque este se hallaba en íntimas relaciones con los güelfos y normandos, enemigos capitales de la casa de Hohenstaufen: el rey de Inglaterra estaba emparentado con Enrique el Leon, y—desde la primavera de 1191—en buena amistad con Tancredo de Sicilia.

Así es, que el continente en casi toda su extensión, desde Hungría hasta el Océano Atlántico, era territorio enemigo para Ricardo. A pesar de todo, se arriesgó por fin á hacer rumbo por el mar Adriático, con intención de ir por la Alemania del Sur, hácia á Sajonia, y desde este punto á Inglaterra acompañado por los güelfos. Su barco encalló en la costa, entre Aquileya y Venecia. El se salvó con algunos

compañeros y atravesó disfrazado el Friul y la Carinthia; pero, á pesar de esto, pronto se hizo pública su presencia; sus compañeros fueron hechos prisioneros, y solo él con un criado logró llegar á la aldea de Erdberg, próxima á Viena. Cuando descansó allí algunos días, los finos modales del criado y la moneda extranjera con que compraba en el mercado, llamaron la atención en Viena. Se apresó al último, y por medio del tormento se le obligó á declarar la morada, nombre y clase social de su señor. El 21 de diciembre de 1192, fué detenido Ricardo y enviado por el duque Leopoldo al castillo Dürnstein, situado á orillas del Danubio, donde fué encerrado en la prisión.

Para el emperador Federico, la noticia de lo sucedido fué «de mas valor que el oro y las piedras preciosas.» La feliz vuelta de Ricardo á Inglaterra hubiera equivalido para él al



Tumba de un caballero inglés del linaje de los Harcourt, en la catedral de Worcester, hácia el 1200 (1)

mayor y mas terrible de los peligros con que le amenazaban güelfos y normandos. Por el contrario, con la prisión del rey, estos enemigos quedaban medio desarmados. Hay que juzgar, pues, la conducta de Enrique por estos puntos de vista y no por la tendencia romántica de la tradición, que glorifica calurosamente al rey caballeresco y á su fiel trovador Blondel, pero ataca sin razón al «tirano» Enrique.

El emperador exigió á Leopoldo la entrega de Ricardo, porque «un rey no debía estar en la prisión de un duque.» Leopoldo entregó al prisionero, despues que se le garantizó, además de otras ventajas, el pago de 50,000 marcos de plata, y Enrique procuraba que Ricardo pagase por su rescate una gruesa suma de dinero, proporcionase auxilios de guerra contra los enemigos de los Hohenstaufen y se declarase vasallo de la Majestad imperial. Con esto exigía, sin embargo, muchísimo mas de lo que sus fuerzas le permitían alcanzar. El rey Felipe y el conde Juan procuraron excitarle á que le impusiese condiciones mas duras, porque deseaban, ante todo, que «el diablo» no volviese á quedar libre; pero en cambio, el pueblo inglés al tener noticia de la inesperada desgracia de su rey, se levantó con firme lealtad en favor de él, y el papa Celestino III, á pesar de su antipatía contra el altivo Ricardo, se vió precisado á ponerse de su parte en atención á que todo daño hecho á un cruzado, desde el momento que revestía tal carácter, era castigado con penas eclesiásticas. Asimismo Enrique el Leon y los amigos con que este contaba entre los grandes de Alemania, quedaron profundamente conmovidos y humillados al principio con la prisión del rey—en esto consistía la ventaja más importante que el emperador consiguió principalmente con esta prisión,—pero poco á poco volvieron á tomar una actitud mas amenazado-

ra, y Enrique VI, en su consecuencia, tuvo al fin que contentarse con el juramento feudal de Ricardo y con la promesa de que se le entregarían 150,000 marcos de plata, suma fabulosa para aquellos tiempos. Hecho este convenio, el rey fué puesto en libertad el día 4 de febrero de 1194.

En Inglaterra fué recibido Ricardo con el entusiasmo mas expansivo, gracias á la gloria que le habían conquistado sus heroicas hazañas aventureras. Pero del mismo modo que se dió á conocer como cruzado, gobernó como rey. Sus pensamientos y sus tendencias no se dirigían mas que á correr lanzas y tomar castillos. Humilló á su desleal hermano el conde Juan, y sostuvo casi incesantes combates particulares con los caballeros del rey Felipe; su reino, sin embargo, no sacó gran partido de todo esto. Su fin fué tambien digno de semejante vida: en una insignificante contienda con el vizconde de Limoges, fué herido delante del castillo de Chaluz, propiedad de éste, y murió el 6 de abril de 1199, á los 42 años de edad.

CAPÍTULO VIII

CUARTA CRUZADA (2)

EL EMPERADOR ENRIQUE VI

El sultan Saladino, despues de firmada la tregua con el rey Ricardo, dirigió su atención á la paz. Recorrió las co-

(1) La disposición particular de las piernas en cruz, designa el cruzado segun antigua costumbre inglesa.

(2) Wilken, Historia de las cruzadas, tomo V, etc. Rohde, Leon II, rey de la Armenia Menor, Gottinga 1869. El emperador Enrique VI, Leipzig 1867. Winkelmann, Felipe de Suabia y Oton IV, dos volúmenes, Leipzig 1873 y 1878. Streit, Memorias para la historia de la cuar-

marcas de Siria, en que se había cebado la guerra, y cuidó de establecer en ellas fortalezas, arreglar las contiendas y fundar establecimientos de utilidad general. Proyectaba ya visitar á Egipto despues de tan larga ausencia y aun satisfacer su necesidad religiosa con una peregrinacion á la Meca, cuando las emociones y fatigas que había sufrido sin cesar durante algunos años se cebaron en él. A principios del año 1193 cayó en Damasco con una enfermedad, que el arte de los médicos no pudo curar, y murió en dicha ciudad el 3 de marzo del mismo año. Su muerte libró á los cristianos del mayor enemigo que tuvieron en la época de las cruzadas. Fué de tanta capacidad militar como Imadeddin Zenki, tan ardoroso en la lucha contra los francos como Nuredin; aventajó á ambos por lo vasto y atrevido de sus pensamientos y aspiraciones y por el concepto sublime del ideal de su vida, propio de un genio; pero no consiguió todo lo que quiso. En las primeras glorias de su reinado llegó á abrigar la esperanza, no solo de arrojar por completo á los cristianos de Oriente, sino tambien de ir á buscarlos á su propia patria y atacarlos enérgicamente en ella. Pero solo conquistó y conservó á Jerusalem; y sea como quiera, este triunfo fué el mas importante de todos los que hubiera podido conseguir, y por él los cristianos le contemplaban con miedo y espanto y sus correligionarios con admiracion. Los rasgos de su simpático carácter, su bondad y rectitud, su dulzura y generosidad fueron además causa de que su figura haya pasado á la posteridad con rasgos no solo impercederos sino tambien brillantes.

Al cerrar Saladino los ojos, aun parecia problemático si la victoria parcial que había obtenido sobre los francos daría por resultado ventajas duraderas á los musulmanes; pues el sultan dejaba nada menos que diez y siete hijos, y estos se repartieron el reino segun las disposiciones de su padre. Alafdhah recibió á Damasco y la Siria meridional con el título de sultan, Alaziz á Egipto y Azzahir á Alepo, mientras que los demás hijos de Saladino, y al lado de estos otros príncipes de la casa reinante, y en particular el prudente y hábil hermano del difunto sultan, Almelik Aladil, tuvieron que contentarse con algunas plazas fuertes. Esta particion amenazaba en sus cimientos á la casa de Eyub; agregándose á esto que el sultan Alafdhah era un hombre insensato y ligero, cuyo mal gobierno fomentó extraordinariamente la discordia entre los muchos príncipes que entraron en la particion, la cual desde entonces quedó por decirlo así en el aire. En el año 1194 estalló la guerra entre los hermanos, la cual, repetidas veces arreglada, se encendia de nuevo al poco tiempo. Alafdhah de Damasco fué el primero que perdió su imperio; luego, murió Alaziz de Egipto dejando un hijo de menor edad. Pero al fin ninguno de los hijos de Saladino sacó provecho para sí de esta odiosa contienda, sino únicamente su hermano Almelik Aladil, el cual se elevó por sus propios esfuerzos hasta llegar á ser el soberano de grado en grado, de Egipto, Siria y Mesopotamia, y por fin extendió sus dominios por el país montuoso del Norte de Mesopotamia y por Arabia. Llegó á ser sultan, y recibió del califa el título honorífico de «Rey de los reyes, amigo del príncipe de los creyentes.» En esta situacion era efectivamente un enemigo temible para los cristianos; pero pasaron muchos años antes

ta cruzada, Anklam 1877. Riant, dos disertaciones en la Revue des questions historiques: Innocent III, Philippe de Souabe et Boniface de Montferat, 1875, y Le changement de direction de la quatrième croisade, 1878.—El escritor mas notable respecto á documentos primitivos para la historia de la cuarta cruzada es Geoffroy de Villardouin, «Histoire de l'empire de Constantinople sous les empereurs françois,» ou «Mémoires de Villehardouin.» Las mejores ediciones de esta obra son las de P. Paris, Société de l'histoire de France, Paris 1838, y la de N. de Wailly, Paris 1874, Didot frères.

que lograra tal poderío, y entre tanto los cruzados tuvieron por lo mismo buena coyuntura para triunfar por completo en la lucha para recuperar á Jerusalem.

Inmediatamente despues de la salida del rey Ricardo de la Palestina, las fuerzas de los cristianos en Oriente eran escasas. Desde Joppe hasta Tiro dominaba el conde Enrique de Champagne, elegido rey de Jerusalem. Las ciudades se volvieron á llenar rápidamente de comerciantes italianos, los cuales aprovecharon el tiempo de la tregua para entablar relaciones mercantiles con los musulmanes. El poder militar del reino se componia del resto de los caballeros hierosolimitanos y de algunas fuerzas de peregrinos, que despues de concluida la gran cruzada se habían quedado aun en Tierra Santa; pero esto no bastaba para poder disponerse á emprender nuevos ataques contra los eyubitas. Una cosa parecida ocurría en el Norte de Siria, donde los cristianos se tenían que dar por contentos con haber salvado de la avalancha de los enemigos, cuando menos, las capitales y territorios que formaban el núcleo de los principados de Antioquía y Trípoli. En estos dos países imperaba á la sazón una sola voluntad; pues en Antioquía continuaba aun reinando Boemundo III; y por lo que hace á Trípoli, el último conde de la casa de Tolosa, Raimundo III, poco antes de su muerte ocurrida en julio de 1187, designó por sucesor al príncipe Raimundo de Antioquía, hijo mayor de Boemundo III, á quien había sacado de pila. Este Raimundo renunció poco despues sus derechos sobre Trípoli á instancias de su padre, pero únicamente con el objeto de que pasasen á su hermano menor Boemundo, mientras él en persona debía heredar el principado antioqueno. Andando al tiempo, Antioquía y Trípoli se reunieron en un solo Estado bajo el gobierno del joven Boemundo, y continuaron unidos bajo los sucesores de éste hasta el fin de la dominacion cristiana en aquellos territorios. Pero si Boemundo III y los suyos se pudieron tener por felices con no haber sido despojados completamente de su poder por Saladino, en cambio les amenazaba entonces otro enemigo quizás no menos peligroso para ellos. Efectivamente, en la Cilicia armenia se levantó durante el año 1180 un príncipe, que supo llevar de victoria en victoria á sus compatriotas en medio del feroz tumulto de aquella época. Era este Leon II, hombre tan desconsideradamente violento como astuto y ambicioso. Peleó, segun se le presentaron las circunstancias, con los griegos ó con los antioquenos, con los seldyucidas de Kilidsch Arslan ó con los ejércitos de Saladino. Su dominacion se fué extendiendo poco á poco no solo sobre la Cilicia entera, sino tambien al Oeste por la costa isauria hasta el golfo de Panfilia, y al Este por los territorios y castillos situados en las márgenes del Éufrates, en las cuales Joscelin de Edesa había encontrado en otro tiempo su último refugio. Pero no contento con esto aspiró en seguida á mayores conquistas y entonces procuró poner á los armenios en íntimas relaciones con los francos, con cuyo auxilio exclusivo podia esperar conseguir las fuerzas necesarias para el logro de sus fines. El clero armenio fué humillado con gran dureza en todo su principado, con el objeto de que no pudiese impedirle reconocer la supremacia del romano Pontífice sobre la iglesia de su país; sin embargo, todas las confesiones cristianas fueron toleradas pacíficamente y todo lo referente á la Iglesia y á la instruccion fué esmeradamente atendido.

Leon II llevó á Armenia la constitucion, el derecho y las costumbres de los Estados cruzados; dió feudos á vasallos poderosos; construyó innumerables castillos y otorgó á sus dignatarios los títulos de condestable, canciller, mariscal y senescal. Llamó á su servicio barones francos, caballeros templarios y sanjuanistas y dió á los comerciantes italianos

terrenos y espacio en sus ciudades y extensos privilegios mercantiles en todo el imperio. En medio de esto, volvía de tiempo en tiempo á sus malas mañas con los antioquenos. Verdad es que Leon se había casado con una hija de Boemundo III; pero ambos príncipes, por las condiciones de su posicion, eran vecinos hostiles. El armenio preparó una emboscada á su suegro, le atacó de improviso y le puso en dura prision (1194). Boemundo recobró pronto su libertad por mediacion del conde Enrique de Champagne; pero para esto tuvo que prestar juramento feudal á su yerno y casar á su hijo mayor, Raimundo, con una sobrina de Leon. La joven pareja permaneció despues en Armenia: Raimundo murió á los pocos meses; pero dejó en cinta á su esposa, que dió luz un hijo á quien se puso el nombre de Ruben. Leon hizo educar á este presunto heredero del trono de Antioquía con grande esmero, y sin duda con la esperanza de adquirir por medio de él, en su día, una influencia decisiva en la gran ciudad del Orontes.

La conducta de Leon II nos recuerda con esto la actitud del gran Boemundo durante los años 1097 á 1104. Así como el príncipe normando se había esforzado por completar y asegurar la conquista de los francos en el Norte de Siria, por medio de la mas amistosa alianza con los armenios, del mismo modo entonces un soberano de este pueblo asiático, por buenos y malos medios procuraba fundir unas con otras las fuerzas de sus compatriotas y las de los francos, con objeto de poder contener con suficiente energía la victoriosa campaña del islamismo comenzada de nuevo. Pero desde la época de Boemundo I, los cristianos de Oriente habían decaído mucho y padecido demasiado para poder fundar por su propia fuerza un imperio verdaderamente fuerte y duradero, aunque estuviese al frente de ellos un hombre de tan relevantes cualidades como Leon. Todo dependía en este punto de si el Occidente quería y se hallaba en estado de mandar en lo sucesivo eficaces auxilios para combatir á eyubitas y seldyucidas.

La Europa cristiano-romana estaba profundamente quebrantada con los inauditos sacrificios que la mayoría de los pueblos habían hecho para la tercera cruzada; pero no se había entibiado aun en manera alguna el deseo de arriesgar de nuevo una ardiente lucha para recuperar á Jerusalem. Los deseos del anciano papa Celestino III, que desde 1192 hizo repetidas excitaciones para que se aprestaran armamentos en todas partes, pronto hubieran sido atendidos, si las circunstancias políticas no lo hubieran impedido. La culpa principal de esta demora recae sobre Ricardo Corazon de Leon, el cual, lo mismo al partir de Acre que al salir de su prision de Alemania, había prometido marchar por segunda vez á Siria con un ejército, pero estando otra vez en guerra con Felipe Augusto de Francia, no pensó ya en cumplir su palabra, y de rechazo, impidió tomar parte en mayores empresas, para auxiliar á Jerusalem, así á los ingleses como á los franceses. Sin embargo, en el puesto de Ricardo se presentó otro monarca poderosísimo y de sentimientos levantados; es decir, nada menos que el emperador alemán Enrique VI. En el año 1194 tuvo ya suficiente poder para poner en pié de guerra un fuerte ejército peregrino, poniéndose completamente en paz con los príncipes que hasta entonces le habían sido desafectos en Alemania, y poco tiempo despues sometió tambien á su cetro la Italia meridional. En este país murieron á principios de este año, y con corto intervalo uno de otro, Roger, hijo mayor del rey Tancredo, y luego el mismo rey. El único hijo que quedó de Tancredo, era de menor edad, y Enrique VI, por lo tanto, pudo hacer valer fácilmente los derechos de sucesion al trono de Sicilia, adquiridos por su ma-

trimonio con Constanza. Mas apenas había recibido en la magnífica catedral de Palermo la tan codiciada corona de los normandos, cuando el atrevido vuelo de su espíritu dominador abarcó todo el Occidente y el Oriente; Europa, Africa y Asia. En Italia le obedecían, además del reino de Roberto Guiscardo, una gran parte de los restantes territorios de la península, porque en todas partes tenía amigos decididos y entusiastas partidarios. Inglaterra era su feudataria desde la prision del rey Ricardo; Francia y España hubieron de reconocer igualmente la prepotencia imperial, y los príncipes musulmanes de la costa del Africa septentrional que está frente á Sicilia, le enviaron como tributo grandes sumas de oro y preciosidades. Respecto del apartado Oriente, su plan era completar, ante todo por medio de la conquista de Jerusalem, las obras en que su padre, el gran emperador Federico, había fracasado. Pero aun antes de hacer los aprestos para la cruzada, deseaba humillar profundamente al emperador de Constantinopla; pues Enrique era el heredero del emperador Federico y de los reyes normandos, que tantos agravios habían recibido de la política de los griegos. En el canal de Constantinopla seguía reinando el miserable Isaac Angelo, bajo cuyo gobierno el imperio bizantino se hundía cada vez mas de año en año, por efecto del desmedido lujo de la corte, del abandono del ejército y de las desastrosas guerras con los pueblos vecinos, particularmente con los búlgaros. Enrique, por consiguiente, podía abrigar la esperanza de obtener feliz resultado al exigir al emperador griego la cesion de todas las provincias occidentales, desde Dirraquio hasta Tesalónica, é importantes auxilios para la cruzada. Pero Isaac no pudo ni conceder esto ni negarlo, pues precisamente en aquellos momentos, el descontento general que reinaba por su mal gobierno, provocó una insurreccion contra él, en la cual los amotinados se apoderaron de su persona, le sacaron los ojos y en union de su hijo menor Alejo, le encerraron en el palacio de las dos columnas de Constantinopla (8 de abril de 1195). El jefe de los sublevados, hermano de Isaac, subió al trono imperial con el nombre de Alejo III. Para Enrique VI no fué desventajoso este brusco cambio de cosas. En Palermo había caído en su poder la hermosa Irene, hija de Isaac y viuda de Roger, príncipe de los normandos, y ya la había designado como esposa de su hermano Felipe. A la noticia del cambio de gobierno verificado en Constantinopla, pudo presentarse á la sazón como defensor de los derechos eventuales de la joven princesa al trono bizantino, contra el usurpador Alejo, y amenazar á este por tal medio de la manera mas peligrosa. Alejo se amedrentó tan profundamente ante las repetidas exigencias de Enrique, que se humilló hasta someterse al llamado «impuesto alemán,» especie de voluntario empréstito, y procuró reunir á toda prisa considerables cantidades de dinero para pagar un espléndido tributo. Como el producto de tal colecta no bastaba, hasta los guarda-joyas del emperador fueron despojados de sus preciosas alhajas, y los alemanes, ante la perspectiva de conseguir todos estos tesoros, se inclinaron á conservar la paz.

El sorprendente vuelo del poderío de los Hohenstaufen desde que vencieron á los normandos, que llenó de estupor al mundo entero, hizo tambien efecto sobre los pequeños dominios cristianos de Oriente. En aquellas regiones, ya en el año 1190, Boemundo III de Antioquía había prestado el juramento feudal al duque Federico de Suabia, como representante de la majestad imperial, y á la sazón proyectaban hacer lo mismo los príncipes de Armenia y Chipre. En el año 1194 envió Leon II una embajada á Roma y al emperador alemán, solicitando el título de rey por las mas altas autoridades de la cristiandad romana. El papa Celesti-